



El Personalismo en el Concilio Vaticano II

III.— Prioridad de la persona humana sobre la sociedad

por
ISMAEL
QUILES

EN EL ARTICULO ANTERIOR hemos podido comprobar la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la naturaleza profundamente social de la persona humana. Hemos visto claramente que la persona necesita de la sociedad para cumplir con su vocación y que, a su vez, la sociedad necesita de personas auténticas, para no deshumanizarse y desintegrarse.

Pero es natural que el filósofo y el teólogo se pregunten, ulteriormente, sobre la última relación entre persona y sociedad. Este problema sólo puede revolverse teniendo a la vista la esencia de la persona y la esencia de la sociedad misma. El teólogo debe además tener presente la ubicación del hombre.

Y aquí la Iglesia, con un profundo sentido vital y existencial, en la historia de la salvación de la humanidad por Cristo y en Cristo, asumiendo al hombre íntegramente, en su realidad histórica natural y sobrenatural, retorna a su principio personalista, como en el último punto de referencia filosófico para iluminar toda la problemática humana. Por eso vuelve a ser otra vez la persona humana el eje en torno al cual han de girar todos los problemas y todas las relaciones, incluyendo la sociedad misma. En este sentido el Concilio reafirma la preeminencia de la persona humana.

1º) Los textos son muy precisos: En primer lugar enseña que la persona humana es el **centro de todas las instituciones sociales**, "el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe

ser la persona humana" (1). En otras palabras, el origen de la sociedad está en la persona humana misma, el actor de la sociedad es la persona humana y el fin de la sociedad es la persona humana. "El carácter personal, es decir, consciente y libre del hombre, impide que su perfección pueda ser hecha desde fuera de sí mismo y exige que sea el mismo quien se le haga con sus propias opciones. La perfección humana nunca podrá ser resultado de condicionamientos e influjos sociales; si llegara ese momento, por muy perfecto que el hombre fuere cuanto a los resultados objetivos, dejaría de realizarse como hombre, cualitativamente. Esto solo puede lograrse por el ejercicio de su propia libertad y responsabilidad. Las concepciones absolutistas y totalitarias son rechazables por los graves peligros que en sí encierran a causa de la falta de control social ejercido sobre la autoridad, por la corrupción del poder y por otras razones semejantes de índole práctica; pero anteriormente a ellas debe buscarse una razón más profunda que las haga reprobables. Esta es la afirmación de que es la persona humana el **sujeto** de la vida social, ya que en ella ha de actualizarse y objetivarse la libertad de la persona humana" (2). (Se-tién, J. M., o.c.p. 234).

2º) Podemos decir que en los términos utilizados por el Concilio, "principio, sujeto y fin" de todas las instituciones sociales, se da la profunda razón metafísica del origen de la sociedad, de su sentido y de su valor para el hombre, pero que

ello supone e implica la prioridad de la persona sobre la sociedad. Por eso, a este fundamental principio en la relación persona y sociedad, el Concilio agrega otro, que más bien parece una consecuencia explícita del principio antes enseñado. Después de reafirmar la excelsa dignidad de la persona humana, en superioridad sobre las cosas y de sus derechos y deberes universales e inviolables, y después de enumerar los derechos fundamentales de la persona humana, agrega la Constitución Pastoral: "El orden social, pues, y su progresivo desarrollo deben, en todo momento, subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal y no al contrario. El propio Señor lo advirtió cuando dijo que el sábado había sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (3).

El Concilio establece aquí la **prioridad de la persona sobre la sociedad** y, en consecuencia, la necesidad de que el orden social se someta al orden personal. La comparación evangélica es muy expresiva, para confirmar la prioridad de la persona sobre la sociedad.

3º) Naturalmente una vez establecido el principio de la prioridad de la persona humana, respecto de la sociedad, por cuanto es ella el origen y el centro de todas las relaciones sociales, las cuales, en último término, deben servir a la realización de la vocación de la persona humana, el Concilio vuelve a hacer referencia a este principio, como foco iluminador, siempre que quiera precisar el alcance y el sentido de todas las manifestaciones y actividades sociales. Así, el desarrollo económico ha de estar subordinada al desarrollo de la persona humana (4); la cultura ha de estar subordinada al desarrollo de la persona humana (5); el trabajo humano, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona y, por tanto, ha de estar inspirado por este principio, por así decirlo del personalismo: "la sociedad entera, en particular los poderes públicos, deben considerarlos (a los trabajadores) como personas, no simplemente como meros instrumentos de producción" (6); la educación ha de tener como objetivo la formación de la persona humana (7), etc., etc.

4º) He aquí como comenta este principio de la prioridad de la persona humana sobre las estructuras sociales el director de la Oficina Central Católica de Ciencias Sociales de Moenchengskadbach (Alemania): "La persona humana ocupa un verdadero lugar céntrico, porque es sustancia espiritual-moral, por lo mismo, imagen de Dios con derechos originales y con una finalidad propia de su vida. Jamás puede ser considerada y tratada como medio o como simple comparsa. El valor y la dig-

nidad de la persona humana constituyen el quicio y pauta del pensamiento cristiano sobre la sociedad.

Desde luego no se debe interpretar erróneamente este personalismo cristiano fundado en el derecho natural, creyendo que en cierto modo reviste un aspecto individualístico" (8).

Y comentando luego el principio de solidaridad y subsidiaridad, formulado en la Encíclica "Quadragesimo Anno" explica así el sentido profundo de lo social en relación con la persona: "Este principio, es cierto, se refiere directamente a la estructura externa de la sociedad, pero este aspecto institucional y organizatorio no es sino un resultado del contenido interno de la vida social, en cuanto que toda actividad social, según su concepto y esencia, es subsidiaria y está ordenada al perfeccionamiento de la persona. **La sociedad existe precisamente para el hombre y no a la inversa, el hombre para la sociedad** (9). (Rauscher, A., o.c.p. 340).

5º) Esta fórmula, que reitera y aclara el principio conciliar, es decir, el profundo sentido social de la persona humana por una parte, y, por otra, la prioridad de la persona humana sobre el orden social (10), viene a expresar los resultados a que por nuestra parte habíamos llegado en el análisis de las relaciones entre persona y sociedad, que escribimos para nuestra obra **La Persona Humana**. Después de analizar la jerarquía de las esencias y la jerarquía de los fines de persona y de sociedad, establecimos ya entonces la fórmula, que ahora aparece ser coincidente con los principios del Concilio: "La sociedad es absolutamente para el hombre, el hombre es relativamente para la sociedad".

Permítasenos transcribir ahora la conclusión a que entonces llegamos:

"Por lo tanto, las consabidas fórmulas "la sociedad es para el hombre" del liberalismo o "el hombre es para la sociedad" del totalitarismo; o aun que comprenda las dos como lo quieren los católicos; deben distinguirse en esta forma:

La sociedad es **absolutamente** para los individuos, y estos son **relativamente** para la sociedad (sacrificando sus intereses particulares) tanto cuanto sea necesario para que la sociedad exista y cumpla su fin.

La sociedad viene a ser como un árbol de cuyos frutos necesita el hombre. En absoluto, no es el hombre para el árbol sino el árbol para el hombre; pero el hombre debe trabajar y sacrificarse "tanto cuanto" lo requiera la existencia y la fertilidad del árbol, bajo la pena de que muera el árbol, y también el hombre mismo; y, en este sentido, relativo y limitado, también es el hombre para el árbol.

He aquí la síntesis de las dos funciones, individual y social de la persona humana: ni oposición, ni exclusión; y, si no hay exclusión, ni individualismo ni socialismo, ni liberalismo ni totalitarismo, lo que hay es coordinación y subordinación mutua, según las esencias y los fines del individuo humano y de la sociedad humana. Debemos reconocer que la primacía se la lleva el individuo (diríamos ahora la persona) con sus libertades y con su fin último al que debe servir la sociedad. (Lo que acaba ahora de ser confirmado por el Concilio). Pero esta primacía está mitigada por deberes ineludibles para mantener la existencia y el florecimiento de la vida social, sin la que el mismo no puede vivir" (11), (pp. 439-441).

Nos parece ver reiterado en el Concilio este análisis y estas conclusiones, cuando establece que el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana por una parte; pero por otra establece que ésta, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social. Y explícitamente en la tensión entre lo social y lo personal da la evidente primacía a lo personal. Porque, repitamos sus palabras, "el orden social, pues, y su progresivo desarrollo deben, en todo momento, subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario. El propio Señor lo advirtió cuando dijo que el sábado había sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (12).

6º) Nuevamente recogemos la advertencia de los comentaristas que, por otra parte, no es necesaria para quien penetra en los textos del Concilio: "Desde luego, no se debe interpretar erróneamente este personalismo cristiano fundado en el derecho natural, creyendo que en cierto modo reviste un aspecto individualista" (13); o como dice Schillebeeckx, "a pesar de la fuerza con que urge este capítulo la vida de la comunidad en pleno desarrollo de la persona, no habría que entenderla en un sentido individualista" (14); por su parte J. B. Setién reafirma la superioridad de la persona sobre la sociedad, por cuanto es un individuo que toma conciencia de su propia individualidad y por consiguiente deja de ser un elemento más en función del todo específico. "Es innegable que el perfeccionamiento individual traerá también consigo el perfeccionamiento de la sociedad; ambos están **mutuamente condicionados**. Pero supondría una gravísima aberración el dar, por ello, el salto a la subordinación del individuo a la especie; si así fuera, la misma especie se pondría en función de un

estadio posterior de la evolución, lo que haría contradictoria la conciencia personal de cada uno y la captación de sí mismo como un yo incomunicable". Pero esta misma afirmación no debe entenderse en sentido individualista, porque él mismo a continuación observa: "la preeminencia de la persona humana no puede hacernos ignorar que su afirmación implica la afirmación de la sociedad" (15).

Es evidente que estamos ante lo que Rauscher ha llamado "personalismo cristiano" del Concilio Vaticano II. Tiene el riesgo de todos los "ismos", pero es sin duda el que más se acerca al conjunto de la doctrina y a las estructuras metafísicas y teológicas con que trabaja el Concilio. Como una prueba de que, el Concilio, a pesar de su preeminencia personalista no quiere dejar lugar a una interpretación individualista de su doctrina, ha establecido y repite a lo largo de toda la Constitución Pastoral tres líneas de pensamiento que deben ser integradas en su personalismo sin destruirlo: a) el carácter social esencial de la persona humana; b) el peligro que implicaría una ética individualista por un lado y un sistema autoritario o totalitario por otro; c) y, finalmente, la intensificación de un tipo de conexiones sociales que no son del orden estrictamente natural, como es la familia o el estado, sino libremente promovidas por el hombre, que ha denominado el fenómeno de la "socialización".

Este fenómeno y esta nueva realidad, propia de la sociedad moderna, ha merecido la particular atención del Concilio y creemos que merece estudio aparte, ya sea por la importancia que tiene en sí misma, ya también por el riesgo, señalado por el mismo Concilio, de crear algunos peligros para el desarrollo de la persona humana, en fin, porque algunos la han interpretado erróneamente en el sentido del socialismo. ♦

(1) Gaudium et Spes, 25.

(2) Setién, J. M., o. c., p. 234.

(3) Gaudium et Spes, 26.

(4) Ibid., 63, 64. Y recuerda el Concilio a este propósito el principio fundamental que formuló en general sobre todas las instituciones sociales aplicándolo a la vida económica social: "Porque el hombre es el autor, el principio y el fin de toda la vida económica social", N°63.

(5) Ibid., 59.

(6) Ibid., 66, 67.

(7) Gravissimum Educationis, 1.

(8) Rauscher, A., o. c., p. 340.

(9) Ibid.

(10) Gaudium et Spes, 25, 26.

(11) 2ª ed., pp. 439-441.

(12) Gaudium et Spes, 25, 26.

(13) Rauscher, A., o. c., p. 340.

(14) Schillebeeckx, o. c., p. 126.

(15) o. c. p. 234.